

hasta la cintura, con el pelo teñido de color zanahoria. Un hombre, joven, gallardo, fuerte, se acercó á la ramera, aplicó los labios al carrillo embadurnado de cosmético y bermellón, y en seguida, echando mano al bolsillo del chaleco, sacó un franco y lo deslizó en una especie de cepillo ó escarcela que la mujer llevaba á la espalda. El franco, al caer, hizo un sonido argentino que probó que no estaba solo. Preguntamos la significación del hecho á los amigos que nos acompañaban, y supimos que cada caricia se salda así, con un franco al cepillo. Este sistema, comparable al de las básculas automáticas, no se nos ocurriría á los españoles. Aun en medio de la crápula y del vicio, el español conserva un poquitín de idealidad, unas miajas de honrada vergüenza.

* * *

Han reconstruído, en la avenida Suffren, la torre de Nesle, novelesca madriguera de la reina Margarita de Borgoña. Dentro de su recinto se celebran procesos y diversiones populares como los de la Edad Media, de los cuales hablaré más adelante. Entre estas diversiones se cuenta la picota. Una picota construída en el siglo XIX, recibe á dos ó tres hombres que se prestan á darse en espectáculo echados sobre el vientre, con el pescuezo metido en un cepo, las manos en dos argollas, mientras la picota gira y los entrega á las risas del pueblo. Los infelices sienten las ansias del mareo, ven con

doloroso vértigo que da vueltas la torre, el recinto, el cielo, y, sin embargo, alquileres para sufrir, se aguantan hasta que cesa su martirio. Este solaz, depresivo para la dignidad humana, cruel é inicuo, no le arranca á ningún Bauer ninguna protesta. Si el que da vueltas en la picota fuese un toro...

CARTA XV

EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS EDISON.—ESPLÍN

Paris, Julio 18.

POR más que no sea yo capaz de apreciar como corresponde los méritos de tal obra, creo justo decir algo á los lectores de mis cartas sobre la Galería de Máquinas y la parte industrial de la Exposición francesa. Trataré de salir del apuro lo menos mal posible.

Si no existiese la Torre Eiffel (de la cual hablaré pronto, pues ya han hablado todos los corresponsales y periódicos del mundo y ahora empiezan á abandonarla), la Galería de las máquinas sería sin disputa el gran atractivo de la Exposición.

Los inteligentes afirman que lo es, á pesar de la Torre; que representa un esfuerzo superior de ingeniería, un problema más de estática re-

suelto de un modo satisfactorio y admirable. Tiene, pues, la Galería sus partidarios acérrimos, sus fervientes devotos; pero no cabe duda que la muchedumbre prefiere la Torre, más aparente, más caprichosa, más entretenida..... y también ¿á qué negarlo? menos útil, por consiguiente más recreativa y simpática.

Las dimensiones del Palacio de las máquinas son tales, que vistas sobrecogen. ¡Ciento quince metros de ancho por cuatrocientos veinte de largo y cuarenta y ocho de altura! Y esta inmensa nave de la Catedral de la Industria, no tiene columnata que la soporte: se extiende amplia y majestuosa, como un milagro del arte mecánico realizado para asombro de los espectadores!

Bajo la nave, nos advierten todos los guías que el Arco del Triunfo, el de la Estrella y la columna Vendôme cabrían sin necesidad de doblar la frente. Se ha calculado que en el recinto de la Galería puede acuartelarse un cuerpo de ejército de treinta mil hombres y un escuadrón de doce á quince mil caballos. Hay que recurrir á las cifras cuando no bastan adjetivos ni superlativos, pues la pobreza del idioma es tal, que lo mismo llama *grande* á un palacete ó á una casa de las corrientes y usuales, que á esta desmesurada construcción, que pesa siete millones setecientos mil kilogramos y pico de hierro.



Para uso de los entendidos en cuestiones de mecánica é ingeniería, repetiré—tomándolo de otros escritores—que es muy notable la forma de las arcadas de hierro que sustentan la armazón de la bóveda. En su parte alta y en la que toca al suelo, son articuladas, y giran sobre visagras del grosor del cuerpo de un hombre. Cada arco pesa doscientos mil kilogramos, y el sistema de articulación les permite dilatarse libremente, cosa que sería imposible con la construcción habitual. Sobre la ingeniosa estructura de estos arcos y el atrevimiento de la bóveda que en ellos descansa, diría primores Echegaray, describiendo y puntualizando el intríngulis de los equilibrios, dilataciones y resistencias, y de los intrincados problemas resueltos por el arquitecto que ideó esta galería y los ingenieros que la realizaron: yo puedo afirmar que dentro de ella me sentía mareada á la media hora.

Sólo de entrar en la galería y ver el incesante y periódico vaivén de tanto artilugio, me entra un malestar, un desasosiego, un azoramiento físico, que se convierten pronto en sufrimiento y alteración nerviosa. Allí todo se mueve, todo anda: las máquinas sudan, gimen, trabajan como esclavas que son, con una tenacidad sombría é implacable. El puente rotatorio eléctrico gira lo mismo que un loco; las máquinas motrices respiran angustiadas; los cilindros no sosiegan; los aparatos telegráficos vibran de impaciencia; sólo las locomotoras duermen aburridas de su inacción; porque la

máquina cuando está quieta se fastidia, y tiene el aspecto más melancólico del mundo. El reposo que sublima al objeto de arte, vuelve triste y antipático al industrial.

* * *

Hállase dividido el Palacio en varias secciones, y cada una de ellas da asilo á una de las direcciones de la mecánica, cuya importancia es cada vez mayor, según demuestran las estadísticas comparativas de las Exposiciones que han ido sucediéndose.

La novedad científica que más llama la atención es el *punte giratorio eléctrico*. Sobre postes de hierro circulan dos clases de vehículos con ruedas, movidos por la electricidad que les transmiten máquinas eléctricas subterráneas. Así van de un extremo á otro de la Galería, cargados de curiosos, que desde allí registran toda la instalación de una altura de siete metros.

Mas para los ignorantes como yo, lo bonito de la Galería consiste en las luces eléctricas. Y abundan, y son variadas y preciosas. Así que anochece, se enciende en el centro del Palacio un magnífico faro eléctrico, y á dos pasos, Edison luce sus maravillosas incandescencias, veinte mil lámparas que arden á la vez, escribiendo en letras verdes y rojas el nombre del inventor; lujo que sólo puede permitirse ese millonario de la ciencia, ese libre é inspirado *trovero*, cuyo nombre será, andando los tiempos, legendario.

* * *

En la Edad Media se referían los hechos del caballero andante, del aventurero, que nacido en pobre cuna, pero dueño de potente talismán, iba por el mundo enderezando entuertos, descabezando gigantes y subyugando insulas. El caballero andante moderno es Edison, con su novelesca vida y su inverosímil suerte, que hará amarillear de envidia y soñar despiertos á la mayor parte de los pálidos alumnos de la Escuela Politécnica y de las Academias especiales.

Criado en la miserable tienda de un baratillero yankee, Tomás Alba Edison pasó una infancia pobre y triste, conociendo y padeciendo el hambre de lectura, la fiebre de aprender que atormenta á los muchachos estudiosos y sin recursos. A los doce años, dijéronle en su casa que era llegado el momento de ganarse la vida "con los brazos y la cabeza". ¡A la edad en que todavía se llora; á la edad en que se necesita del calor y de las caricias de una madre! Pero la necesidad es dura y benéfica maestra. Nadie desteta mejor á un chico que la necesidad. A los doce años Tomás Edison vendía en la estación del ferrocarril de *Canadá y Central Michigan* periódicos, dulces, pasteles y revistas; pero á escondidas y hurtando el tiempo, devoraba libros de física y de química, hacía experimentos, y al hacerlos prendía fuego al piso del wagón, por lo cual le administraban una buena azotaina. Después ensayaba diversos modos de vivir; redactaba y componía un periodiquito, y más adelante ingresaba en la oficina telegráfica, donde se portaba como el peor

telegrafista del mundo, pues ocupado siempre en inventos y ensayos, no se acordaba de expedir los telegramas á su debido tiempo. El director de telégrafos del Canadá, para tener la seguridad de que Edison no deserta de su puesto, le ordena que le telegrafie cada media hora la misma palabra, y Edison, para no estar sujeto, inventa un aparato automático que cada media hora telegrafaba la palabra exigida. Poco después, en Menfis, idea la manera de hacer pasar dos despachos simultáneamente, en sentido inverso, por el mismo hilo, y el director de la oficina telegráfica al enterarse de la extraña tentativa, le moteja de loco. ¡El loco iba á subir como la espuma, á señalar cada etapa de su vida con nuevos inventos, con un paso más en el camino de lo desconocido, y á obtener la celebridad universal de los Franklin y los Stephenson!

De allí á poco fue nombrado ingeniero y se le preparó un laboratorio que ha hecho célebre el aquelarre de las brujerías científicas, en Menlo Park; laboratorio donde vive como el alquimista en su tugurio, teniendo en derredor, en vez de retortas, alambiques y buhos disecados, baterías eléctricas, electro-imanes, hornos y generadoras de vapor. Mas como todas las abstracciones se parecen y todas las ideas fijas son iguales en sus resultados, Edison anda no menos distraído y sonámbulo que pudo andar en el siglo XIII Alberto de Bollstœdt, llamado el *Magno*, ó entre nosotros el Marqués de Villena, el del encantado picadillo.

Prueba de ello es lo que sucedió al renombrado inventor el día de sus bodas: graciosa anécdota, que si yo fuese él me propondría desmentir, porque algo tiene de *guillardura*. Cuentan que nunca había tenido Edison tiempo de pensar en casarse, y un día que sin duda los trabajos ó los experimentos eran menos urgentes, se dió una palmada en la frente y exclamó: "¿Por qué no he de tomar mujer?" Gustóle una obrerilla de fábrica y la propuso justas nupcias. Consintió la niña y verificóse la ceremonia: llevóse á su novia á Menlo Park, y después de enseñarla todos sus laboratorios, pidióla permiso para terminar una experiencia muy importante. Pasaron horas y horas, y si la desposada no llama á la puerta del laboratorio, á estas fechas se está con su corona de azahar y su velo prendido.

* * *

Hoy reina Edison en la Exposición parisense, y domina la Galería de Máquinas. Su instalación ocupa ella sola seiscientos setenta y cinco metros cuadrados. Encima del foco enorme de incandescencia que equivale á veinte mil lámparas, se destaca el busto del ilustre inventor. Allí se exhiben, como blasón y lauro de su nombre, el nuevo fonógrafo, el micrófono, todas las fases y etapas del teléfono, los grandes reflectores, los aisladores magnéticos, la red eléctrica subterránea y otros mil cachivaches científicos que acaso contienen el germen de

descubrimientos más admirables para la edad futura en que hasta el respirar se verifique por medio de alguna corriente de inducción, y el andar requiera el auxilio de algún dinamo.

Cerquita de Edison expone cosas muy raras un profesor, Elihu Thomson, el cual realiza lo que se cuenta del zancarrón de Mahoma, sosteniendo en el aire sin apoyo alguno, mediante efectos de repulsión eléctrica, un anillo de cobre macizo de quince centímetros de diámetro. Pues no digo nada de las máquinas sopladas de la Sociedad Cockerill, de Bélgica, destinadas á insuflar aire puro contra los gases deletéreos de las minas. Y ¿cómo encarecer las máquinas magnético y dinámico eléctricas, de donde brota á chorros la luz que alumbrá la galería toda? Yo creo que esto de la luz eléctrica no tarda veinte años en destronar al aceite, las bujías, el petróleo, el gas corriente, alumbrados que ya nos parecen mortecinos, amarillentos, feos y tristes. Cuando pienso en los adelantos de la electricidad de diez años acá; cuando recuerdo que hace tres lustros una lamparita eléctrica era una curiosidad y casi un milagro; cuando evoco la figura del hombre prehistórico—sepultado en la obscuridad de las cavernas, en compañía del reno y del oso—ó la del señor feudal—que iluminaba sus banquetes con humeantes y pestíferas antorchas de resina ó de saín—me entran impulsos de creer á puño cerrado en el progreso endémico y crónico, y de exclamar, con Leopardi en su *Palinodia*:

«Aureo seculo omai volgono, o Gino,
»i fusi delle Parche...

»Universale amore,
»ferrate vie, multiplici commerci,
»vapor, tipi e cholera i piu divisi
»popoli e climi stringeranno insieme.
»Né meraviglia fia se pino o quercia
»suderá latte e mele, o s' anco al suono
»d' un walsér danzerá. Tanto la possa
»infin qui de'lambicchi e delle storte,
»e le macchine al cielo emulatrici,
»crebbero, e tanto cresceranno al tempo
»che seguirá: potché di meglio in meglio
»senza fin vola e volerá mai sempre.
»di Sem, di Cam e di Giapeto il seme.»

* * *

A la verdad, el problema que plantea el insigne desesperado de Recanati es el que se le ocurre á todo contemplador en presencia de tanta actividad, de tanto esfuerzo y de tanta fatiga. La humanidad que así suda y se afana, que así inventa, discurre y lucha, ¿es acaso más dichosa ó menos infeliz que la que en climas dulces, á la sombra de frescos árboles y al borde de lípidos y claros arroyos, duerme, come y procrea, sin cuidarse del ayer ni del mañana?

La que llamamos civilización ¿es más que una batalla sin tregua, para ganar un pan amargo, para cubrir necesidades facticias y para vivir roído de cuidados y en ahogo per-

petuo? Y cuando decimos que hemos llevado la luz, la ciencia y el progreso á una región salvaje, ¿no podríamos añadir que llevamos la inquietud, el desasosiego y las penas del alma? ¿Se suicidaban los aztecas, los pieles rojas, los australianos, antes de la llegada del europeo? ¿Sufrían por falta de dinero ó por hambre de goces? El pueblo de la Edad Media, al celebrar la *Fiesta del Asno*, ¿se trocaría por nuestros modernos obreros de fábrica, con su media cultura y su completa avidez de las dichas reservadas al rico y sólo al rico, para ellos eternamente inaccesibles?

* * *

La ráfaga de pesimismo que me azota no es sino que me aburren las máquinas. Voy á figurarme que al lector le pasa dos cuartos de lo mismo, y á sacarle pronto de este infernal palacio de la electricidad y el vapor, Proserpina y Plutón del báratro moderno.

Para estremecernos de angustia, consideremos la instalación de la sociedad minera del Loira. Allí veremos una reducción del célebre pozo llamado *Torre Eiffel de las minas*, que no tiene más de 530 metros de profundidad. ¿Qué significa subir á la Torre de 300 metros, con aire libre y luz del sol, en comparación de lo que será el descenso á esa boca del abismo, negra y fría, tal vez mortal? He ahí lo que representa nuestra brillante civilización para el

minero: sepultarse todos los días á 530 metros bajo el nivel de la superficie terrestre.

Las prensas hidráulicas de Morane me recuerdan la palanca soñada por Arquímedes: con otras semejantes levantó Eiffel en peso la Torre entera y verdadera. El material de ferrocarriles duerme esperando que el vapor anime sus entrañas y le comunique movilidad é impulso. ¡El vapor! Está muy de capa caída, no puede negarse: la electricidad le eclipsa en esta Exposición, y acaso le destronará en la inmediata.—A poca distancia vemos fabricar botones, plumas, agujas, alfileres, sobres de cartas, cepillos, tapones, mondadientes. Un español dicharachero, andaluz por más señas, me llamó y enseñándome una máquina, me dijo: “¿Vé uzté, paizana? Ahí meten por una ezquina un cochinillo vivo, y salen por la contraria las salchichaz hechaz ya, y zi ze desea, frititaz con huevos.”

CARTA XVI

EL GIGANTE

Paris, Julio 21.

HE prometido hablar algo de la Torre Eiffel, siquiera por pudor de cronista; y ya le ha llegado su turno al *clou* de la Exposición, al colosal mástil de hierro enarbolado por Fran-